

Elías José Palti

LA NACIÓN COMO PROBLEMA LOS HISTORIADORES Y LA “CUESTIÓN NACIONAL”

Introducción **La nación, su historia y la** **historia de su historia** (fragmento)

La nación, en el concepto actual del término, es, según se afirma, una creación relativamente reciente (y, en última instancia, arbitraria). Su desarrollo se encuentra íntimamente asociado a una serie de procesos y fenómenos históricos típicamente modernos, como la burocracia, la secularización, el capitalismo, la revolución, etcétera. De allí que los orígenes de las naciones, contra lo que afirman los propios cultores del nacionalismo, que suelen ubicarlos en un lejano pasado mítico, no podrían rastrearse más allá de fines del siglo dieciocho. De este modo, los historiadores buscan dislocar las narrativas nacionalistas que describen aquellas formas de agrupamiento social (como las tribus, las ciudades-Estados, los imperios, etcétera) bajo los cuales, de hecho, la mayor parte de la población ha vivido, como meras formas preliminares e incompletas de las modernas naciones-Estado, las que constituyen una suerte de *telos* hacia el cual se orientaba todo el desarrollo histórico precedente, y le dan sentido. En el curso del último siglo los historiadores denunciaron sistemáticamente el anacronismo implícito en este punto de vista.

Tal historización del concepto de nación no es, en fin, ideológicamente neutra, sino que busca minar las bases del moderno nacionalismo. En definitiva, a fin de articularse, el nacionalismo debería permanecer ciego a sus propias premisas. La revelación de sus fundamentos contingentes lo privaría de su sustento conceptual, evitando así –o al menos obstaculizando– su desarrollo en un jingoísmo.

Algo en lo que se ha insistido menos, sin embargo, es que, si la nación es un fenómeno reciente, mucho más lo son los estudios sobre ella: la nación y el nacionalismo sólo surgen como tópicos en el período de entreguerras (su hito fundacional lo marcarían, en los años veinte, los trabajos de Carlton Hayes y Hans Kohn), y se afirman como tales recién en la segunda posguerra. En última instancia, también estos estudios tienen sus propias precondiciones

históricas de existencia, las que, podemos decir, no datan de más allá de comienzos del siglo veinte.

En la que es probablemente la primera obra sistemática escrita sobre el tema, *Die Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie* [La socialdemocracia y la cuestión nacional] (1924), Otto Bauer deja traslucir algunas de las premisas necesarias para que la nación pueda convertirse en objeto de escrutinio. Las palabras con que abre dicho estudio son reveladoras al respecto:

El carácter nacional no es una explicación, es algo que debe ser explicado. Estableciendo la variación de los caracteres nacionales, la ciencia no resuelve el problema de la nación, sino que simplemente lo plantea. Cómo surge la comunidad relativa de carácter, cómo es que todos los miembros de una nación, a pesar de todas sus diferencias individuales, aún coinciden en una serie de rasgos y, a pesar de toda su identidad física y mental con otros pueblos, aún difieren de los miembros de otras naciones: esto es precisamente lo que la ciencia tiene que explicar ([1924] 1996: 41).

La nación debía, en efecto, dejar de aparecer como un hecho natural (o cuasinatural) a fin de que pudiese volverse susceptible de análisis crítico, lo que sólo ocurre a fines de siglo diecinueve y comienzos del siglo veinte. Hasta entonces, las narrativas nacionales se limitarían a relatar los supuestos orígenes de la nación respectiva, tratando de revelar las características que la identifican y distinguen de las demás, así como las líneas maestras que orientarían su evolución y determinarían su destino último. En fin, esas narrativas articularían el concepto *genealógico* de la nacionalidad.

Como lo muestra la cita de Bauer, la problematización de este concepto no necesariamente supuso el rechazo de la entidad histórica de la idea de nación: según puede leerse, Bauer insistía aún en la existencia de “caracteres nacionales” diferenciales que pueden identificarse claramente. Sí tiene como premisa, sin embargo, el supuesto de que, cualesquiera que sean estas características, no tenían que ser necesariamente así; ellas no se encuentran inscritas desde sus orígenes en el concepto mismo de la nación respectiva. Tal señalamiento abre ya una primera fisura en el concepto genealógico, haciendo posible de este modo, por primera vez, la reflexión frente a un objeto (la “nación” como tal) que, al perder su anterior velo de naturalidad, contendría ahora un interrogante que debe ser develado. En fin, como decía Bauer, el “carácter nacional”, lejos de servir de explicación última de todo desarrollo histórico particular, debería ser él mismo explicado. El *explanans* se había vuelto el *explanandum* (que requiere, a su vez, un *explanans*).

Lo dicho parece justificar la afirmación de Eric Hobsbawm en su “Introducción” a *Nations and Nationalism Since 1780* [Naciones y nacionalismos desde 1780], de que “ningún historiador serio de las naciones y el nacionalismo puede ser un nacionalista políticamente comprometido” (1991: 12). Sin embargo, esta perspectiva tiende a engendrar en el historiador la ilusión de encontrarse libre de toda presión ideológica: “afortunadamente, al disponerme a escribir el

presente libro –son las palabras con que Hobsbawm concluye tal “Introducción”– no tuve que dejar de lado mis convicciones no-históricas” (1991: 13). Como señala Tom Nairn:

Los prejuicios del nacionalismo (incluso los de un nacionalismo vago y genérico) son fáciles de detectar. Sin embargo, los del internacionalismo lo son menos. Un nacionalista (o aun un pannacionalista) habla, por definición, desde un lugar; el internacionalista, en cambio, no habla desde ningún lugar particular (1996: 268).

El carácter alegadamente objetivo y científico de los estudios historiográficos ha colaborado, en realidad, a ocultar el hecho de que el discurso antigenealógico tiene, al igual que su opuesto, sus propios presupuestos frente a los cuales debe también permanecer ciego a fin de articularse como tal. Esto nos lleva al tópico del presente trabajo. Dicho sintéticamente, de lo que se trata aquí es de historizar la propia contienda antigenealógica; y para ello es necesario dejar de ver a nacionalistas y antinacionalistas como conformando dos corrientes estables y homogéneas, en permanente antagonismo, para tratar de reconstruir los contextos de debate específicos y las condiciones en que ambas perspectivas enfrentadas pudieron eventualmente articularse; en fin, intentar lo que Pierre-André Taguieff llama una perspectiva “polemológica”:

La historia del nacionalismo debe incluir, además, una historia de las historias del nacionalismo. Ahora bien, ésta sólo puede escribirse, desde nuestra perspectiva polemológica, como una historia de las interacciones polémicas de las historias nacionalistas y antinacionalistas del nacionalismo (¡perdóneseme lo tedioso de la formulación!). Las paradojas y las dificultades metodológicas surgen claramente apenas se toma en cuenta el que “nacionalismo” y “antinacionalismo” se dicen en varios sentidos, y que estos diversos sentidos se organizan y se construyen en y por ciertas interacciones conflictuales. (1993: 66)

Una aproximación polemológica tal requiere, pues, la puesta previa entre paréntesis de la autopercepción de los cultores del enfoque antigenealógico que concibe su crítica de las ideas nacionalistas de la nación como fundadas en meras comprobaciones empíricas. Sólo entonces pueden tornarse visibles los dispositivos conceptuales que se ponen en funcionamiento en la articulación de su propia perspectiva antigenealógica (y, en definitiva, revelar los profundos lazos conceptuales que la ligan a la de sus contendientes).

1. El nacimiento del concepto genealógico de la nación: su sustrato de ideas (fragmento)

La idea moderna de nación tendría, en realidad, un doble origen, lo que da lugar a una antinomia de la que, alegadamente, resultamos aún herederos. Usualmente se distinguen dos ideas modernas de nación, cuya oposición atravesaría todo el pensamiento occidental hasta nuestros días. Una correspondería a la Ilustración, la otra emergería con noción herderiana de *Volksgeist* o “espíritu del pueblo”. La primera inscribe la nación dentro de una perspectiva artificialista según la cual se funda en un vínculo contractual. La segunda, en cambio, concibe a las naciones como entidades objetivas, independientes de la voluntad de sus miembros. La idea ilustrada define así un contexto democrático y se proyecta en un horizonte cosmopolita, en el que las naciones tenderían históricamente a fusionarse en una única comunidad sostenida en los principios universales de la razón. Por el contrario, la idea romántica primero formulada por Herder (y en la cual distintos autores encuentran ya “prefigurada la teoría hitleriana de *Blut und Boden*”; Rouché, 1940: 25 y 91) imagina las naciones como totalidades orgánicas, discretas y singulares (inconmensurables entre sí), y organizadas en su interior jerárquicamente.

Esta misma antinomia de base se reproduce hoy, aunque en diversas versiones, entre los historiadores del nacionalismo. Algunos la definen en términos de una oposición entre los nacionalismos en países de “alta” y “baja” cultura (Plamenatz, 1973; Gellner, 1992), u Occidentales y Orientales (Hayes, 1926; Kohn, 1982), o naciones “nuevas” y “antiguas” (Seton-Watson, 1977). Otros (Ma, 1992; Snyder, 1954; Hobsbawm, 1991) distinguen entre un nacionalismo con bases estatales e integrativo (los “nacionalismos oficiales”) y un nacionalismo “mentalmente construido” y esencialmente perturbador (*disruptive*) (los “pequeños nacionalismos”). Finalmente, algunos autores, como Edward Hallett Carr (1945) y Snyder (1954), a fin de dar un sentido más claramente histórico a estas tipologías, introdujeron en ellas una dimensión temporal, lo que resultaría en una periodización (luego retomada, entre otros, por Hobsbawm) de acuerdo con la cual, en líneas generales, en los siglos XIX y XX primarían, respectivamente, una y otra variante de nacionalismo. En todos los casos subyace una misma matriz de pensamiento: a un nacionalismo *progresista y democrático* de raíces iluministas se opondría un concepto *autoritario y reaccionario* fundado en un ideal social organicista (que habría surgido originalmente a fines del siglo XVIII o comienzos del siglo XIX como reacción a las visiones *atomistas o mecanicistas* de la Ilustración).

Ahora bien, tal dicotomía entre un nacionalismo organicista y autoritario y otro atomista y democrático es, en realidad, profundamente simplista. En primer lugar, porque las relaciones

entre matrices conceptuales y sus eventuales implicancias ideológicas no son nunca determinables *a priori* (se puede ser o bien “reaccionario” o bien “progresista” de muy diversos modos, y a partir de premisas filosóficas muy distintas). Como veremos, entre unas y otras (matrices filosóficas e implicancias ideológicas) no hay una relación lógica, necesaria, sino que media siempre un proceso de traducción conceptual abierto, en diversas instancias, a distintos cursos alternativos posibles y en cuya definición participan inevitablemente consideraciones tanto teóricas como extrateóricas. Algo aun más fundamental en el contexto de la presente discusión, tal antinomia pivota sobre la base del supuesto de la relativa transparencia del concepto de *organismo*, de que existe *una* (y *sólo una*) idea de *organismo*, cuya definición ha sido uniforme y consistente a través del tiempo, y que puede formularse de forma más o menos sencilla (y lo mismo ocurriría, en consecuencia, con su derivada, la llamada concepción organicista de la nación). Dicho supuesto, sin embargo, no resiste el análisis histórico. De hecho, tal concepto sufrió una serie de redefiniciones sucesivas fundamentales a lo largo del período que estamos considerando. Así, antes de preguntarnos si Herder y los nacionalistas del siglo XIX se fundaron o no en una perspectiva organicista de la sociedad, debemos primero tratar de comprender qué entendían éstos, en cada caso, por tal cosa (véase Palti, 2001).

2. La descomposición del concepto genealógico (fragmento)

Como se señaló en el capítulo anterior, el concepto evolucionista preformista instala el nicho epistemológico particular, el vocabulario de base dentro del cual cabe inscribir tanto las corrientes nacionalistas como sus contendientes, y sólo en ese contexto ambas resultan inteligibles. No obstante, esto no quiere decir que dicho concepto no se viera sometido a lo largo del período a un proceso de desgaste, que lo iría minando progresivamente.

La erosión del concepto genealógico de la nación comenzó, en efecto, en la segunda mitad del siglo XIX. Dos textos famosos resultan ilustrativos al respecto. El primero es el de lord Acton, "Nacionalidad" ("Nationality"), publicado originalmente en *The Home and Foreign Review* en 1862; el segundo, el de Ernest Renan, "¿Qué es una nación?" ("Qu'est-ce qu'une nation?"), una conferencia dictada en La Sorbona en 1882. No sólo se trata de versiones muy tempranas que intentan ya problematizar la idea genealógica de la nación, sino que aportan, además, algunos de los que luego se convertirán, reelaborados, en los tópicos centrales de las aproximaciones antigenealógicas. Aun así, como veremos, no pueden todavía considerarse como tales. Las críticas a las corrientes nacionalistas de cuño romántico historicista que estos autores elaboran pivotaban aún sobre la base de sus mismos presupuestos y se inscriben, de hecho, dentro de una misma matriz *organicista* de pensamiento.

3. Emergencia y descomposición del discurso antigenealógico de la nación (fragmento)

La idea de nación de Renan, según vimos, aunque aún permanece dentro de los marcos del concepto genealógico, se sitúa en su límite. La introducción de un momento de indeterminación en los orígenes amenaza quebrar la lógica preformista evolucionista. Su *voluntarismo*, sin embargo, no es un mero regreso al iluminismo. Por el contrario, resulta de la radicalización de la crítica al preformismo, que es una herencia que el romanticismo recibe del pensamiento ilustrado (incorporándole una dimensión dinámica que, como vimos, era, en un principio, contradictoria con éste). En definitiva, toda su argumentación se despliega en un terreno ajeno por completo al pensamiento ilustrado. Así, el elemento de indeterminación que Renan introduce remitirá ya a un ámbito anterior a la voluntad subjetiva, se instalará en el nivel de sus condiciones de posibilidad, remitirá a los modos de constitución del sujeto de esa voluntad. Encontramos aquí, en fin, el punto en que los marcos genealógicos habrían finalmente, a su vez, de estallar. Podemos, pues, volver ahora al escrito de Otto Bauer y observar las condiciones más precisas que hicieron posible la emergencia de las perspectivas antigenealógicas contemporáneas de la nación.

Para que la nación se volviera algo que debía ser explicado históricamente, y no el principio que explica y contiene el sentido de la historia, fue antes necesario que se quebrara la relación entre presente y pasado, entre sujeto y objeto. El texto clásico de Otto Bauer ilustra esta ruptura. Aun cuando, como señalamos, este autor no niega el concepto de nacionalidad, la nación, dice, “pierde su carácter substancial, esto es, la apariencia de que exista algo duradero y persistente en el flujo de fenómenos”. Para él, “no es nada más que un precipitado de la historia, cambia a cada hora, con cada acontecimiento que experimenta, ella es tan cambiante como los hechos que refleja [...] no es más un ser persistente sino un constante devenir y perecer” (1990: 58).

El carácter cambiante y dinámico de la nacionalidad no era, según vimos, extraño al concepto genealógico. Sin embargo, el tipo de devenir por el que se constituye la nación ya no sería concebido como una mera *evolución*, es decir, no se enmarcaría más dentro de los moldes de ciertas determinaciones objetivas primitivas (una *gramática* originaria), sino que sería un proceso auténticamente constructivo de los sentidos de nacionalidad. De allí que, para Bauer, no puedan nunca establecerse de una vez y para siempre los límites y alcances de una nación. “¿Dónde trazar la línea entre las comunidades de carácter que se consideran naciones independientes y aquellas que vemos como asociaciones más estrechas dentro de una nación?” (1996: 59). Según señala, no

habría ningún parámetro, objetivo o subjetivo, válido para ello. De hecho, los alemanes, dice, fueron por mucho tiempo considerados (y ellos mismos se consideraban) sólo un grupo dentro de una comunidad nacional mayor. Las adscripciones nacionales se definirían y redefinirían, pues, constantemente. Así, tras esta crítica de las perspectivas nacionalistas no se busca ya tampoco simplemente romper los límites del Estado-nación: desde el momento en que no habría forma de saber cuándo un grupo de personas constituye o no una nacionalidad, también la idea de lord Acton de un estado plurinacional se volvería absurda.

Entramos aquí en un nuevo universo conceptual. Según vimos, el romanticismo nace de la quiebra del concepto iluminista, de matriz preformista fijista, del *hombre en general* (aquel sustrato inalterable, verdadero átomo de sociabilidad que garantizaba la estabilidad de las respuestas ante la acción de factores y condiciones externas análogas). El romanticismo incorpora un sentido dinámico ajeno al concepto iluminista, dando así lugar a lo que Hegel llamó el paso del concepto del Yo como substancia al concepto del Yo como sujeto ([1807] 1985: 15). Lo que se disloca hacia fines de siglo XIX es la idea de la unidad de ese Sujeto que garantizaba la continuidad del proceso evolutivo. La aparente vuelta a un concepto de raíces iluministas de la subjetividad ensayada por las corrientes neokantianas y fenomenológicas de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX esconde, en realidad, la completa inversión de ese concepto. El sujeto de la acción intencional se convierte entonces de garantía del orden en la historia, de soporte unitario que mantiene su coherencia ante la presión de acontecimientos externos (siempre cambiantes) que amenazan desgarrarla, en la fuente de la contingencia, aquel que introduce en ella una novedad radical y quiebra su unidad. Como señala, en una vena típicamente neokantiana, Reinhart Koselleck: “En la historia sucede siempre más o menos de lo que está contenido en los datos previos”; por detrás de “este más o este menos”, dice, “se encuentran los hombres” (1993: 265-266).¹

La acción intencional dislocaría así la lógica de la preformación. La pregunta que entonces surge es cómo es posible que, si una situación B nace necesariamente de ciertas condiciones A, pueda encontrarse en B algo que no estaba, sin embargo, de algún modo contenido ya en A, o al menos prefigurado como una de sus alternativas de desarrollo posible. La posibilidad misma de una historia, entendida ahora como algo más que una mera evolución, supondría, en definitiva, la presencia de un ser preexistente a las estructuras, formas o sistemas de organización social. Y ello traslada nuevamente todo el terreno del debate. El sujeto de la acción intencional no sería ya, propiamente hablando, un *sujeto nacional*, sino una entidad que precede a la constitución del mismo (y puede, por lo tanto, eventualmente emerger y alterar los modos de identidad subjetivos, introducir en el consecuente “ese más o menos” que no estaría, sin embargo, ya presente en su antecedente).

De este modo, traspasamos un nuevo umbral en la historia intelectual respecto del cual no cabría ya tampoco un mero regreso. Renan comenzó su reflexión introduciendo la *temporalidad* al nivel de las condiciones de posibilidad de la voluntad subjetiva, esto es, revelaba una instancia de contingencia en sus fundamentos objetivos (las determinaciones *naturales* de la nacionalidad). Y ello le llevó a hacer radicar la inteligibilidad de la nacionalidad en su sujeto, el que actúa como el soporte y garante último de la unidad de su desenvolvimiento histórico. Rota ahora la solidaridad entre presente y pasado (la adecuación entre *horizonte de expectativas* y *espacio de experiencia*), se resquebraja este soporte unitario; se produce, en fin (algo apenas esbozado en Renan), la temporalización del propio sujeto nacional (el *pueblo*) en tanto que condición de posibilidad de la nación (que es la que sirve, a su vez, de condición objetiva de posibilidad de la voluntad subjetiva).

Tras la quiebra del concepto genealógico de la nación subyace, pues, una transformación conceptual más vasta, que expresa, en última instancia, la emergencia de una nueva noción de la temporalidad. Este fenómeno señala un giro fundamental en el pensamiento occidental que dará origen y definirá los rasgos característicos de las perspectivas antigenealógicas contemporáneas –y también, como veremos, a las nuevas formas de nacionalismo–.

Notas:

¹ Sobre las raíces neokantianas del concepto de la subjetividad de Koselleck, véase Palti, 2001b.